

Para mi amigo Javier Muguerza y para José Hierro, pioneros analíticos hispanos

### 1. Strawson en sus contextos

Por más de un milenio, un sinnúmero de maestros en Oxford ha formado discípulos en esa diversidad de discusiones acerca del conocimiento, lo divino, lo humano y nuestros cambiantes entendimientos de tales conceptos llamada, en el lenguaje cotidiano, “filosofía”. El cultivo de la disciplina pasó allí por un momento espectacular en la segunda mitad del siglo XX, logrando un brillo comparable solo al de su período medieval, cuando entre sus maestros destacaron Grosseteste, Roger Bacon, Duns Escoto, Occam y Wyclif, llevando incluso a un autor a describir a dicha ciudad como, en términos filosóficos, la “Meca de nuestros tiempos”.<sup>1</sup>

El catedrático de filosofía metafísica *sir* P. F. Strawson fue uno de los tres filósofos de la Universidad de Oxford que mayor estatura internacional tuvieron durante el siglo XX. Integran también la troika sus amigos *sir* Isaiah Berlin (1909-1997) y el también catedrático H. L. A. Hart (1907-1992), a quien Strawson describía como “la mente más brillante” que había conocido. *Sir* Peter murió a los 86 años en su Inglaterra natal el lunes 13 de febrero de 2006. De aquí arranca la motivación del presente ensayo: contribuir a despertar interés en su obra *in partibus infidelium*.

Dejaré hasta aquí la descripción del contexto institucional en el cual trabajó, asunto sobre el cual volveré en el penúltimo párrafo de este ensayo. En lo que sigue hago un boceto interpretativo de su obra que entrega algunos elementos adicionales que permiten “ubicarlo” mejor (en ese uso chileno y algo anticuado del verbo que tanta gracias le hacía a Strawson aunque, y es de lamentar, éste no sea recogido por el Diccionario) en un contexto intelectual mayor: la reflexión filosófica acerca de la

<sup>1</sup> La expresión es de Arthur C. Danto citado en Nicolay Milkov, *A hundred years of English philosophy*, Kluwer: Dordrecht, 2003, p. 8.

ciencia.<sup>2</sup> Para ser más exactos, de esa ciencia cuyo nacimiento es usual asociar con Galileo (1564-1642): el deslumbrante conjunto de actividades que con timidez inicial sus pioneros presentaron como “filosofía de la naturaleza”; que cuando consolidó su reputación pidió ser llamado “ciencias físicas y matemáticas”; y que, en nuestros días, algunos de sus partidarios más exaltados, los llamados “cientificistas”, exigen sea tratado de “ciencia” a secas, y de manera exclusiva. Strawson no desdeñó los logros de la “ciencia a secas”. Pero perteneció al bando de quienes se rebelaron en contra de la pretensión científicista según la cual tales logros demuestran que ella es la clave para la evolución del género humano. Antes de esbozar algo acerca del sentido y contenido de su obra es necesario dar dos pasos atrás en el tiempo.

### 2. La modernidad, Russell y el triunfo del científicismo

El primero de estos pasos nos lleva hasta *lord* Bertrand Russell (1872-1970), el más conocido filósofo inglés del siglo XX y paladín del científicismo, quien tomando nota de las ideas del matemático italiano Peano (1858-1932) luego de su encuentro de 1900 en París, contribuyó al desarrollo y difusión de la lógica matemática, cuyas raíces se remontan al álgebra del inglés Boole (1815-1864) así como a los trabajos del estadounidense Pierce (1839-1914) y del alemán Frege (1848-1925). Aquí está el origen de la fama de Strawson. En 1950 publicó “Sobre el referir”, una refutación de la más conocida teoría del aristocrático pensador de Cambridge, propuesta casi medio siglo antes y que, hasta ese momento, era idolatrada como un “paradigma de la filosofía” en la tradición analítica.<sup>3</sup> Para apreciar la magnitud del supuesto logro de Russell y, por consiguiente, la audacia de Strawson al atreverse a dudar de él, es necesario retroceder aún más.

En este segundo paso atrás llegamos hasta la temprana validación del científicismo ofrecida por el también oxoniense John Locke (1632-1704), autor del *Ensayo sobre el entendimiento humano* (1690), quien fue el filósofo inglés de mayor influencia hasta el siglo XIX. Porque si hubiera que identificar los esfuerzos de la modernidad con solo un

<sup>2</sup> Para la distinción entre las dimensiones conceptuales, institucional y política que constituirían una tradición filosófica, véase el Ensayo 4.

<sup>3</sup> Bertrand Russell, “On denoting”, *Mind*, n.º 14 (1905) y recogido en múltiples compilaciones como “Sobre el denotar”; P.F. Strawson, “On referring”, *Mind*, n.º 59 (1950), recopilado en su libro *Logico-Linguistic Papers*, Methuen: London 1971 (traducción castellana en Tecnos: Madrid 1983) y en múltiples otras compilaciones como “Sobre el referir”.

problema filosófico básico, éste sería el de evaluar la “ciencia a secas”: ¿Cómo entender el conocimiento, lo divino y lo humano a la luz de su surgimiento? Por decirlo sin tecnicismos, y saltándonos la puesta en escena de los adelantos técnicos y científicos tanto de la baja edad media como del Renacimiento, la pregunta es: ¿Qué corresponde entender por “conocimiento” luego del Descubrimiento de América, de Galileo y, en particular, de Newton?

Para los europeos, América fue un “mundo nuevo” porque nunca la mencionan ni la Biblia, ni los libros de Aristóteles, ni mucho menos los de sus intérpretes. Las ideas del *Ensayo*, tratado que con perdón del anacronismo bien pudiéramos llamar el Manifiesto de la Modernidad en inglés, fueron difundidas en francés y en alemán con singular éxito en el continente durante el siglo XVIII. Encontramos una respuesta moderna temprana a la pregunta acerca de qué entender por “conocimiento” después de Colón en la “Epístola al lector” del *Ensayo*. La filosofía se humilla ante los antepasados de lo que hoy denominamos con la palabra “ciencia”. Acepta la primacía del conocimiento que deriva de los sentidos, cuando la observación es guiada por teorías surgidas de la imaginación a partir de observaciones y mediciones, y que permiten medir y predecir, por sobre el que los medievales creían obtener de la lectura e interpretación de libros sagrados o profanos, por universales, sutiles o angelicales que estas últimas pudieran ser.

Russell radicalizó el diagnóstico de Locke acerca de las relaciones entre filosofía y ciencia. El más celebrado aporte filosófico de Russell es su ensayo “Sobre el denotar” (1905), en el cual analiza cómo funcionan las llamadas “descripciones definidas” (frases de forma “el tal y tal”, que pretenden denotar o identificar algo) en proposiciones como “el tal y tal es C”. Una manera de formular el problema de fondo es preguntar cómo podemos hablar acerca del mundo *sin saberlo todo acerca de él*, tarea en la que las descripciones definidas juegan un papel análogo al de redes que se arrojan al océano; unas veces vuelven llenas y otras vacías.

¿Cómo logra la matemático especular acerca de, por dar dos ejemplos, “la serie que decrece de forma más rápida”, o bien “el mayor número primo” (y probar en ambos casos que no hay tales cosas), o el astrónomo hacer lo propio respecto de “el planeta entre Mercurio y el Sol” (descripción definida que la teoría de la relatividad volvió

superflua, aunque hasta su aceptación hubo congresos internacionales de astronomía acerca del cuerpo celeste al que se proponía bautizar “Vulcano”)? Responder este tipo de preguntas era, a ojos del cientificismo, un requisito para entender que la ciencia y su lenguaje podían contribuir a descubrir que tales cosas sí existen y que tales otras no.

Russell propuso una solución basada en un análisis que utiliza un lenguaje científico, la lógica matemática que se desarrolló a partir del último tercio del siglo XIX y la cual ya aludí. A comienzos del siglo XX la filosofía parecía quedar en una situación aún más menguada de la vislumbrada por Locke a fines del siglo XVII. Con Russell parecía que incluso para avanzar en las labores intelectuales menores –según Locke las únicas propias del filósofo– era necesario utilizar herramientas científicas. La colonización de la filosofía por la ciencia parecía alcanzar así su máxima extensión.

Es la hora del cientificismo rampante, posición que en el primer tercio del siglo XX se expresó en distintos campos. Tal vez, en retrospectiva, la más inocente de todas haya sido el positivismo lógico en filosofía, al menos en términos de sus consecuencias para la vida cotidiana. Porque el cientificismo tuvo también otras versiones que, evaluadas en esos términos, solo pueden ser calificadas de temibles. Tal es el caso, por cierto, con sus versiones en clave racista y en clave materialista histórica, que tuvieron papeles destacados en la política del siglo XX. Para no decir nada de la variante que pudiéramos denominar “darwinismo económico”, que aún goza de buena salud en cómo se piensa y actúa en dicho campo. Vale la pena detenerse aquí un momento para señalar que en este punto –en su oposición al cientificismo– las obras de Strawson, Berlin y Hart muestran, en la expresión de Wittgenstein, su “parecido de familia”.

Cuando los fundadores del positivismo lógico presentaron el manifiesto de su círculo en la Viena de 1929 señalaron a Russell como uno de los principales exponentes de lo que denominaron la “concepción científica del mundo”, la visión que buscan difundir en la sociedad. Resulta fácil entender porqué. Él era un pionero en la supuesta solución de problemas filosóficos mediante el análisis basado en la lógica matemática. Además, reconocía en la ciencia al tribunal superior y último ante el cual debía comparecer todo lenguaje que pretendiese acercarnos a la verdad acerca del conocimiento, lo divino y lo humano.

### 3. La rebelión de Strawson contra el cientificismo

Strawson comenzó su trabajo refutando la teoría de las descripciones definidas de Russell, es decir, en abierta rebeldía contra el cientificismo.<sup>4</sup> Construyó más bien sobre la concepción de la vida o del lenguaje cotidiano en la tradición analítica, cuyo origen la presente interpretación asocia con la conjunción de sus aportes con los de tres figuras anteriores: Ludwig Wittgenstein (1889-1951), el discípulo de Russell y Frege a quien Strawson describe como “un filósofo de genio”; Gilbert Ryle (1900-1976), su predecesor en la cátedra Wykeham de filosofía metafísica; y su amigo y colega oxoniense J. L. Austin (1911-1960). En su ensayo “Sobre el referir” de 1950, el entonces joven docente del Colegio University (Strawson tenía apenas treinta años cuando fue publicado) rechazó la identificación del lenguaje humano con un conjunto de proposiciones con formas lógicas determinadas, como pudiera ser una teoría científica.<sup>5</sup>

Cuando una persona usa una descripción definida intentando hacer una afirmación, argumentó Strawson, presupone que con ella podrá hacer referencia a algo. Por así decirlo, que no volverá vacía la red lanzada al mundo. Pero si la presuposición se incumple, entonces el análisis que pretenda dirimir sobre su veracidad o falsedad estará de más, por impecables que sean sus credenciales lógicas. Russell había propuesto una elegante solución formal. Pero – ¡qué lástima!— el problema que creía resolver con ella, en rigor, no existía.

<sup>4</sup> Para críticas de Strawson al cientificismo en sus diversas variantes, véase, entre otros, del mismo, “Two conceptions of philosophy” en R. B. Barrett y R. Gibson (eds.), *Perspectives on Quine*, Blackwell: Oxford 1990; “Moore y Quine” en, P.F.S., *Análisis y metafísica*, Paidós: Barcelona 1997, pp.73-97; “La moralidad y la percepción” y “Lo mental y lo físico” ambos en, del mismo, *Escepticismo y naturalismo*, Machado: Madrid 2003; “Universals” en, del mismo, *Entity and identity*, Clarendon Press: Oxford 1997; “Gramática y filosofía” en, del mismo, *Ensayos lógico-lingüísticos*, Técnos: Madrid 1983; y su trabajo en co-autoría con H. P. Grice, “In defense of a dogma”, *The Philosophical Review*, vol. 65, 1956. Para una evaluación de la hegemonía que la idea de ciencia ejerció en la filosofía analítica, véase Susan Haack, “Between the Scylla of scientism and the Charybdis of apriorism”, en L. E. Hahn (ed.), *The philosophy of P. F. Strawson*, Open Court: Chicago & Lasalle, Ill. 1998, y respecto de las miradas científica y humanista de la realidad en Strawson, en el mismo volumen, véase E. M. Adams, “On the possibility of a unified worldview” y la réplica de Strawson en pp. 86-90.

<sup>5</sup> Para una crítica a la insuficiencia de la lógica formal para dar cuenta de aspectos estructurales del lenguaje cotidiano, véase P.F.S., *Introducción a la teoría lógica*, Nova: Buenos Aires 1969, pp. 251-252, y en general el epígrafe primero del capítulo VIII: “Lógica formal, sus aplicaciones y limitaciones”. Para un comentario acerca de dicha crítica, véase Joseph S. Wu, “P. F. Strawson's criticism of formal logic”, en Hahn (ed.), *The philosophy of P. F. Strawson*.

Strawson, por contraste, contribuyó a formar y difundir un entendimiento del lenguaje humano como una familia de usos, de distintas maneras de hacer cosas, de perseguir los propósitos diversos y plurales que ocupan a los seres humanos tales como afirmar, bromear, convencer, inquirir, ordenar, solicitar y evaluar. La verdad está más relacionada con lo que los seres humanos hacen con los respectivos usos lingüísticos que con la supuesta forma lógica de las proposiciones. El lenguaje humano es un conjunto de formas de acción diversas que carecen de una lógica exacta.

Aunque vigorosa y polémica, la respuesta del octogenario Russell, el ensayo “El Sr. Strawson sobre el referir” (1957), concede, tal vez de manera inadvertida, el punto central en disputa cuando concluye con él que el lenguaje natural no tiene una lógica exacta.<sup>6</sup> Más tarde Strawson tuvo además disputas memorables con el propio Austin sobre la verdad y con su admirado adversario en Harvard, el destacado lógico y filósofo estadounidense W. V. Quine, cuya prosa él admiraba sin reservas a pesar de que en una oportunidad comentó en voz alta que era una “pequeña compensación por una metafísica sin poesía”.<sup>7</sup>

### 4. La valoración de la diversidad humana

La valoración filosófica de la diversidad humana está en el corazón de la obra de Strawson y, una vez que se la discierne, resulta ser una constante de sus contribuciones a la llamada Escuela de Oxford o filosofía del lenguaje cotidiano (en inglés, *ordinary language philosophy*), una concepción analítica cuyo más conocido sistematizador y

<sup>6</sup> Publicado como “Mr. Strawson on Referring” en *Mind*, n.º 263 (1957) y recogido en Simpson, 1973 como “Sobre la teoría de Strawson acerca del referir”.

<sup>7</sup> La disputa entre Strawson y Austin está en sendos trabajos titulados ambos “Truth”, publicados en *Proceedings of the Aristotelian Society*, vol. XXIV (1950). El de Strawson está recogido en su *Logico-linguistic papers*. Para los desacuerdos con Quine véase su ensayo en co-autoría con H. P. Grice, “In defense of a dogma”, que responde su ataque en Quine “Two dogmas of empiricism” (incluido como “Dos dogmas del empirismo” cuya versión castellana es *Desde un punto de vista lógico*, Ariel: Barcelona 1962). Entendida en términos la distinción que Strawson introduce su *Individuals: An essay in descriptive metaphysics*, Methuen: London 1959 (versión castellana como *Los límites del sentido. Un ensayo sobre la Crítica de la Razón Pura de Kant*, Siglo XXI: Madrid 2000) entre metafísica *descriptiva* y *revisionista*, la metafísica de Quine caería en la segunda categoría. Solo reconoce entre las cosas que existen las que sean necesarias para hacer ciencia (objetos físicos y entidades matemáticas) y en este sentido carece de “poesía”. La metafísica *descriptiva* de Strawson, por contraste, incluye entidades que forman parte de la visión de mundo del sentido común, como cuerpos y personas con aspectos mentales, materiales y valorativos.

divulgador es el catedrático estadounidense John Searle de Berkeley.<sup>8</sup> Según tal concepción, una cosa es el lenguaje científico y otra el lenguaje cotidiano, motivo por el cual evaluar uno con los cánones del otro es un ejercicio estéril.

La concepción cotidianista de la filosofía fue la principal rival que tuvo la concepción científicista o positivista en la tradición analítica. El impacto de la concepción histórica de Berlin solo se haría sentir en la generación siguiente gracias a la obra de sus discípulos: G.A. Cohen, Alan Ryan y Charles Taylor.<sup>9</sup> El científicismo, eso sí (y vale la pena recordarlo), siguió teniendo adherentes en Europa y América incluso luego de la estampida causada en el Círculo de Viena, muchos de cuyos miembros eran judíos, por el ascenso del nacionalsocialismo en Alemania y la anexión de Austria.

Esa valoración inspira también la propuesta de Strawson de una “metafísica descriptiva”. Se trata de una metafísica que, para comenzar, abandona las desmesuradas ambiciones de esa otra, que apellida “revisiónista”, cuyos mejores ejemplos son los sistemas elaborados por Descartes, Leibniz y Berkeley (a los cuales correspondería sumar a Hegel y Marx, aunque Strawson no los menciona) y a la cual pertenece también el científicismo en la presente interpretación. Para Strawson, por contraste, la tarea del análisis es identificar con claridad las conexiones (por ejemplo, la relación de “presuposición”) entre los conceptos más generales del lenguaje cotidiano, con el cual vivimos y nos relacionamos las personas más allá de nuestra diversidad intrínseca, característica de lo humano esta última que Strawson celebra en su ensayo “Moralidad social e ideal individual”.<sup>10</sup> Con su trabajo comenzaron a recrearse las condiciones que, al tiempo, hicieron que la especulación metafísica volviera a ser una ocupación legítima en Oxford. La valoración de la diversidad humana y el lenguaje ordinario que la expresa –lo que he denominado aquí “cotidianismo”– permitía también disolver dilemas

filosóficos. Tal es el caso de la relación entre la libertad y el determinismo, tema de su magistral ensayo “Libertad y resentimiento”.<sup>11</sup>

Strawson reconoce que, a veces, es posible comprender la conducta humana como el resultado de condiciones que determinan a los individuos. Pero el precio es que en tales casos ya no corresponde reaccionar en términos morales y evaluarla como, en sentido estricto, una conducta propia de seres humanos. Por ejemplo: Por una brusca detención del bus, sin querer, piso a la persona junto a mí. Una vez que le ofrezco mis disculpas, ya no procede que la víctima del pisotón experimente resentimiento hacia mí o que repruebe en términos morales lo ocurrido, por dolorosas que hayan sido sus consecuencias. Sin embargo, aunque las prácticas lingüísticas cotidianas (como, por ejemplo, el dar y aceptar excusas en ciertas circunstancias) permiten comprender la situación anterior, no permiten imaginar un mundo en el cual la conducta individual sea siempre resultado del determinismo.

En su *Individuos. Un ensayo de metafísica descriptiva* sostuvo que los objetos básicos a los cuales hacemos referencia cuando hablamos son de dos tipos: cuerpos materiales y personas.<sup>12</sup> El segundo capítulo es una acrobacia digna de estudio, entre otras razones porque muestra cómo es posible ser imaginativo en filosofía sin perder por ello el rigor; en él examina la pregunta si acaso una conciencia, algo capaz de distinguir entre sí misma y una realidad distinta a ella, podría existir en un mundo que solo contuviera experiencias auditivas.

En *Los límites del sentido* Strawson ofreció una interpretación que fue tan controvertida como influyente de otro hito en la historia del científicismo, la *Crítica de la razón pura*

<sup>8</sup> Véase Searle, *Actos de habla*, Cátedra: Madrid 1994. Por cierto, el más conocido discípulo chileno de Searle es el destacado filósofo, hombre público y empresario Dr. Fernando Flores Labra.

<sup>9</sup> Para más detalles acerca de esta concepción y su relevancia al entendimiento cabal de la tradición analítica, véase el Ensayo 8.

<sup>10</sup> Recogido en P.F.S., *Freedom and resentment and other essays*, Methuen: London 1974, versión castellana como *Libertad y resentimiento y otros ensayos* Paidós: Barcelona 1995. Sobre la valoración por parte de Strawson de la diversidad en ética, véase “La moralidad y la percepción” en, del mismo, *Escepticismo y naturalismo*.

<sup>11</sup> Recogido también en P.F.S., *Freedom and resentment*. Entre las fuentes que caracterizaron la posición escéptica cuya controversia inspiró el ensayo, véase Thomas Nagel “Moral Luck”, en su *Mortal questions*, Cambridge University Press: Cambridge 1979. Para críticas y comentarios, véanse: A. J. Ayer, “Freedom and Morality” en, del mismo, *Freedom and Morality*, Clarendon Press: Oxford 1984; Ayer, “Free-will and rationality” y Jonathan Bennett, “Accountability” en Zak van Straaten (ed.), *Philosophical subjects. Essays presented to P. F. Strawson*, Clarendon Press: Oxford 1980; David Pears, “Strawson on freedom and resentment”, en Hahn (ed.), *The philosophy of P. F. Strawson*; y Susan Wolf, “The Importance of Free Will”, en *Mind*, n.º 359 (1981).

<sup>12</sup> Véase *Individuals*, p. 61.

de Kant (1781), continuando así con la discusión de temas clásicos como el tiempo, el espacio, el sujeto, la percepción y la causalidad.<sup>13</sup>

Strawson cultivaba su sentido del humor y sabía reírse de sí mismo. Durante una comida, un graduado neozelandés que estudiaba relaciones internacionales le preguntó si en su próximo seminario sobre Kant se discutiría *Sobre la paz perpetua*, el opúsculo del filósofo de Königsberg sobre ese tema. Algo perplejo, Strawson respondió con ojos chispeantes: “Oh, no, no... ¿Cuál pudiera ser el provecho de discutir acerca de lo que nunca existirá?”. Su sagaz interlocutor, con una sonrisa en los labios, contrapreguntó de inmediato: “¿Quiere usted decir, profesor Strawson, en contraste con la *razón pura*?” Ante la ironía, *sir* Peter fue el primero en estallar en una carcajada.

Como la gran mayoría de los académicos en un *college* de Oxford, además de investigar y presentar sus resultados en libros y artículos, Strawson dedicó casi cuarenta años de su vida a una intensa docencia de pregrado y posgrado. En este último ámbito supervisó muchos alumnos extranjeros, con lo cual su impacto formativo se extendió más allá del Reino Unido. Tampoco rehuyó las múltiples otras cargas que recaen sobre los académicos oxonienses, que se gobiernan a sí mismos en una comunidad que es, en sentido literal, una república de las letras. Fue miembro de la *British Academy* de Londres y del Comité de Honor del *Collège International de Philosophie* de París. En reconocimiento a su obra, la Reina de Inglaterra ordenó caballero en 1976 a quien hasta entonces fuera conocido solo como P. F. Strawson.

En 2004 *sir* Peter aceptó presidir *in absentia* el Comité de Honor de las Primeras Jornadas Internacionales de Ciencias del Derecho “Prof. Dr. Aníbal Bascuñán”, convocadas en la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile para debatir en torno al tema “De la ley divina a la ley del mercado: Maimónides, Locke y Kant”. Menciono esta última circunstancia con la esperanza de me servirá de excusa por concluir este ensayo con una nota personal. Esto es, expresando mi duradera admiración y gratitud hacia quien, gracias a la generosidad del Colegio Balliol, que me permitió iniciar ahí

<sup>13</sup> Publicado como *The bounds of sense. An essay on Kant's Critique of pure reason*, Methuen: London 1973 y con versión castellana como *Los límites del sentido. Un ensayo sobre la Crítica de la Razón Pura de Kant*, Siglo XXI: Madrid 2000.

mis estudios de postgrado se convirtió en 1981 en el primero de mis maestros en Oxford y que luego se convirtió en un muy querido amigo mayor.<sup>14</sup>

<sup>14</sup> Agradezco los comentarios y sugerencias que hicieron a versiones previas de este ensayo mis amigos Norma B. Goethe y Roberto Torretti así como los aportes de mis alumnos ayudantes *ad honorem* en la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile Marcos Andrade Moreno, Cristóbal Astorga Sepúlveda, Alberto Pino Emhart, Ernesto Riffó Elgueta y, *last but not least*, Esteban Pereira Fredes por su contribución substancial y cuidada a las referencias bibliográficas; y también el respaldo recibido del Fondo de Desarrollo Científico y Tecnológico de Chile a mi proyecto de investigación “Pluralismo, igualdad jurídica y diversidad valorativa” en cuyo marco se redactó este artículo (Proyecto Fondecyt n.º 1050348).